

El libro que comentamos es un breve conjunto de poemas —apenas doce— entre los que destacan nítidamente “Rito”, “Varona y Varón” e “Hifalto”. El título del poemario puede a primera vista parecer engañoso, ya que no desarrolla el tópico del *Carpe Diem* en la forma explícita en que éste se daba en la literatura clásica, pero la lectura de los poemas no deja lugar a dudas de que el mensaje que ellos exhalan es éste: goza el día, recoge el instante;

Dos constantes atraviesan la poesía de Marco Martos: la auscultación de lo cotidiano y el tema amoroso. Si en *Casa nuestra* predominaba lo primero y el amor era como una rendija por la que intentaba escapar el poeta, en *Carpe Diem* el amor se ha convertido en la luz que proporciona forma y sentido a los momentos de la vida diaria. En efecto, la cotidianidad ya no es sentida aquí como algo hostil, imposible para el amor, sino como un ambiente donde también puede desarrollarse la relación amorosa. El poeta ha renunciado, pues, a la idea romántica del amor, a los grandes escenarios, a las pasiones tumultuosas. La suya es más bien una visión intimista, no por recogida menos intensa.

El libro se inicia con “Rito”, especie de Arte Poética en que el autor hace explícita su intención de hacer hablar a una poesía que “habla poco, cumpliendo / su obligación, y sin que nadie la invente, / esparza o desordene, evidencia el orden / y desorden de la vida...”. Martos inicia este rito “desde el punto inmóvil donde todo y nada sucede”.

Siendo el amor este punto desde donde observa la realidad cotidiana, es natural que el poeta busque fijar precisamente los instantes amorosos. Y siendo el ámbito donde éstos se realizan tan reducido (lo que no equivale, por supuesto, a decir que estén limitados al autor) es igualmente natural que su mirada se aguce y descubra matices y variedades que una visión más tradicional del amor no mostraba.

Es éste uno de los méritos de *Carpe Diem*; no es un libro monocorde sino que cada poema registra una experiencia diferente, vibra a diversa altura. “Varona y Varón”, por ejemplo, fija el instante del amor físico, esa emoción que “induce a la pareja / a desnudarse con esmero, / a juntar aire y tierra, / aumentando la ternura / para empezar de nuevo el acto / más hermoso de la vida...”.

“Hifalto”, en cambio, es la contemplación serena y triste del amor pasado, reducido a sus cenizas; el poeta observa que “todo ha ido cambiando: en la casa no vive

nadie, / los niños van creciendo y con ellos el olvido”. El amor frustrado, el que pudo ser y nunca fue “por la absoluta torpeza de confundir todos los días / el fuego de la vida con nuestros juegos de manos”, es poetizado en “Juego de Manos”. Es apenas entrevisto y permanece incógnito, en “Daguerrotipo”, y aun el amor heroico, el de la compañera de sufrimiento, como en “Violeta”.

“Rito” también da razón de la forma de los poemas. Si el tema es simple y elemental, el lenguaje busca adecuarse a él, sin rebuscamientos ni experimentación innecesarios, pues, como dice el autor, la poesía “usa palabras del lenguaje de hoy / pues las palabras del año pasado / pertenecen al lenguaje del año pasado / y las palabras del próximo año / esperan otra voz”. El propósito se cumple plenamente y éste es el segundo mérito de *Carpe Diem*: con versos cortos, comprimidos, Martos logra transmitirnos la emoción que es el requisito indispensable de la buena poesía.

Carpe Diem no es un libro en demasía ambicioso ni tampoco el mejor libro del autor. A nuestro parecer, es la culminación de una primera etapa, el desarrollo de una de las líneas posibles en su poesía. Pero la lectura de *Carpe Diem* es valiosa y reconfortante porque, además de poetizar un tema tan difícil, nos proporciona lo que todo poeta debería proporcionar: muy buena poesía.

CARLOS GARAYAR

Pedro Jorge Vera: **El pueblo soy yo**. Barcelona, Seix Barral, 1979, 289 pp. (primera edición: 1976)

Esta edición española de *El pueblo soy yo* proporciona, con toda justicia, una mayor audiencia al conocido e importante narrador ecuatoriano, para una novela verdaderamente interesante. “Este libro no es historia, pero está inspirado en la historia y envuelto en ella” se nos advierte al comienzo de la lectura. Y así es. El-muchas-veces-presidente, que nunca pudo —militarismo mediante— terminar ninguno de sus periodos es construido por Pedro Jorge Vera como un objeto singular: el presidente-constitucional-que-bordea-la-dictadura. Es evidente que el reto del novelista ecuatoriano era considerable: en América Latina estamos acostumbrados al maniqueísmo presi-

dente constitucional/vs/dictador militar. La realidad es en realidad mucho más rica, y **El pueblo soy yo** lo demuestra. Armado casi únicamente por la demagogia y cierto "ángel" para las multitudes, el presidente-recurrente llega una y otra vez al poder mediante elecciones y una y otra vez es mandado al exilio por sucesivos generales. En cierta manera Pedro Jorge Vera nos da la imagen de *otro tipo de dictador*, menos tremendista y monolíticamente malvado del que habitualmente se nos ha hecho conocer. Y un dictador distinto porque en cierta medida no lo es: el Manuel María González Tejada de la novela es un político que siempre llega, limpiamente, a través de las urnas, al poder. Pero su contacto con las masas es esporádico y siempre electorero. Con partidarios pero sin partido —aunque el "gonzalismo" se juzgue el partido político "ecuatoriano" más importante del siglo— el *Yo-presidente* de la novela ejemplifica cabalmente el caudillismo latinoamericano. Este es precisamente uno de los mayores méritos de la novela: "González Tejada" es un hombre simpático y con un casi interminable arraigo en las masas. Pedro Jorge Vera ha vencido la tentación de pintar con trazos goyescos su versión del *Yo-presidente* latinoamericano. Todo lo contrario: el-muchas-veces-presidente aparece víctima de las intrigas y de las maquinaciones de políticos de la peor estofa: sea de las "clases altas tradicionales" o de los recién-llegados-al-poder. El perpétuo-presidente es una figura simpática frente a la cambiante zoología política de sus diversos mandatos. Pero fundamentalmente la novela resulta un análisis incisivo y artísticamente válido del caudillismo de América Latina. En nuestros días en que la evidente existencia de gorilas en el cono sur sirve también para un oportunismo político que pretende implantar un maniqueísmo según el cual todo presidente que ganó una elección es *bueno*, un "demócrata" que honra a la llamada "civilidad" (*whatever that might mean*), la novela de Pedro Jorge Vera posibilita un análisis de signo histórico más profundo y sutil. Pues su *Yo-presidente* resulta, objetivamente, casi tan nefasto como los otros "monstruos" políticos, y *es un producto de la democracia representativa*. La novela, con habilidad y persuasión se constituye en una recusación de la farsa de la democracia representativa en América Latina. A este respecto el novelista no intenta *demostrar* como verdad absoluta —o por lo menos absoluta para América Latina— que la democracia representativa es

una farsa: se limita a contarnos una historia en que se demuestra esta farsa: el lector saque sus conclusiones. El lector decida si ese "Ecuador" presentado con aires de abstracción puede substituir mentalmente a cualquier república latinoamericana. El novelista se limita a contar su historia, pero deja todos los elementos para que el lector medite con ella sobre la historia de cualquier país latinoamericano o, mejor aún, la historia típica de un abstracto y múltiple país de América Latina.

La novela se construye en moldes tradicionales: el relato fluye cronológicamente y se separa en tantas partes como gobiernos tuvo nuestro *Yo-presidente*. Hay una claridad clásica en el libro, que apenas si se interrumpe continua pero no recargadamente por cursivas que presentan introspecciones de algunos pocos personajes, muy especialmente del *Yo-presidente*. Pedro Jorge Vera —cuya obra narrativa es apreciada desde hace muchos años en Latinoamérica— ha escrito una novela que pueda ser apreciada por muchos lectores, sin que su sencillez implique concesión alguna. Debe destacarse la construcción de personajes en la novela: no son demasiados y están armados convincentemente, muchas veces con ostensible economía de medios. Pedro Jorge Vera tiene el acierto de no destacar a ningún militar en especial —pese a que son los militares los que rítmica y cíclicamente provocan los golpes de estado que impiden que jamás el *Yo-presidente* pueda terminar ninguno de sus períodos constitucionales— sino más bien indagar entre los políticos civiles, arribistas y ladrones, que tan bien "arman" una candidatura del *Yo-presidente* como corrompen su mandato o conspitan para derrocarlo. La novela es persuasiva al mostrar el lado corrupto de la política criolla. Por el otro lado, por los revolucionarios, bastan tres o cuatro personajes representativos —menos logrados que los "políticos profesionales" del *gonzalismo*, que administran y corrompen los diversos gobiernos del Manuel María González Tejada de la historia.

Desde la ya lejana publicación de **Tirano Banderas** muchas novelas han intentado crear un *Yo-presidente* que se mueva con naturalidad en su ambiente específico, pero que sea al mismo tiempo símbolo abarcador de la tiranía en Latinoamérica. Las recientes "novelas de la dictadura" de verdaderos maestros de nuestras letras —Carpentier, García Márquez y Roa Bastos— no escapan a este designio. Pero si Valle Inclán mezclaba voces típicas, comidas, vestimenta,

referencias de flora y fauna de distintos países, como uno de sus mecanismos para llegar a la síntesis de lo americano, Pedro Jorge Vera escoge otro camino: se limita a contar una historia con obvias referencias a hechos reales y encuadrada en sus propios parámetros nacionales. Su país latinoamericano no tiene nombre aunque el novelista nos advierte claramente que el libro está "inspirado y envuelto en la historia". Sin embargo este **Yo-presidente** "nacional", "ecuatoriano", termina siendo un símbolo más amplio que presenta al lector, como he dicho, otro tipo de dictador latinoamericano: el "populista" que termina siendo un "dictador civil democrático"... lo que no impide que reiteradamente sea derrocado. Al hablarlos Pedro Jorge Vera de la historia contemporánea de su país ha creado una metáfora eficaz, un pensamiento poético que nos permite adentrarnos en los meandros de la significación histórica. Y su fábula ayuda ciertamente a entender la historia y el drama de los pueblos de Latinoamérica. Esta es una novela que prueba una vez más que en América Latina la realidad es más fantástica que la invención. No sé con precisión qué fragmentos del libro están basados fundamentalmente en la invención: quizás la construcción de los tres "estudiantes-revolucionarios", algunos de los pícaros políticos del criollísimo "gonzalismo" ciertamente los detalles de la anécdota con que se cierra la novela (la locura del anciano **Yo-Presidente** en su cuarto y último destierro). El bloque del libro se lee —sin dejar de ser novela por su estructura y modo de presentar los sucesos— como un gran fresco histórico que permite comprender la historia— frustrada de un país latinoamericano. Paradójicamente al respetar gran parte del sustrato histórico de la fábula, el novelista ha logrado una más compleja, completa y sutil explicación del sentido de la historia de un pueblo, que si hubiese intentado llegar a esa meta de una explicación profunda del sentido de la historia de un país haciendo trabajar la imaginación en busca de los detalles y matices que puedan, en el símbolo unitario final de la novela, dar cuenta convincentemente de la historia de las últimas décadas de una nación latinoamericana que se parece mucho al Ecuador. Quizás lo que en otros novelistas es un **Yo-presidente** complejo y enigmático, en **El pueblo soy yo** se convierte en un análisis profundo pero claro del presidente populista latinoamericano y las razones por las cuales el proyecto populista —sea a través de la "dicta-

dura civil democrática" o, a la inversa, por el golpe militar que interrumpe tal gobierno— está destinado al fracaso. Y los elementos brindados por la novela que permiten entender las razones profundas de este fracaso permiten al mismo tiempo entender una buena parte de la historia de las naciones del Continente.

Si se quisiera buscar una palabra que describa lo que en la novela se presenta como lo característico del gobierno de esta nación latinoamericana, esa palabra sería "corrupción". Sintomáticamente el **Yo-presidente** no participa de este *modus operandi*. Apenas si consiente en no muy exagerados regalos a su esposa. Pero claramente acepta el sistema de gobierno mediante la corrupción: para él la corrupción institucionalizada es un mal inevitable. Se limita a no robar él mismo, pero no hace el mínimo esfuerzo para evitar que sus amigos y "correligionarios" roben. ¿Al construir su **Yo-presidente** no está brindando Pedro Jorge Vera la imagen de más de un presidente "populista" o "caudillista" latinoamericano? El novelista —insisto— ha diseñado a su personaje central con mucha sutileza y complejidad (sin que por ello deje de ser un personaje claro para cualquier lector): Manuel María González Tejada tiene bastantes virtudes y habilidades; no es en absoluto un "malo-monolítico". Si puede decir **El pueblo soy yo** es porque una y otra vez, a través de los distintos tiempos de sus diversas candidaturas, ha sabido ganarse la simpatía y el apoyo populares. Tiene razón cuando dice: "Pero los pueblos son intuitivos. El mío ha tenido la generosidad de escucharme porque ha visto mi sinceridad, porque ha sentido por primera vez en muchos años se le ha hablado con la verdad en la mano" (p. 22). López y Quiñónez, los dos "estudiantes-revolucionarios" de la novela, se ven forzados por la mayoría de los dirigentes estudiantiles, a visitar al ex-**Yo-presidente** en su primer auxilio, y luego a cooperar, a regañadientes uno y más engañado el otro, con su segundo gobierno. Es interesante ver el punto en que los propios "estudiantes-revolucionarios" se inclinan hacia González Tejada: "—Aquí está González Tejada. Vamos a visitarlo./ — ¡Andate al diablo con tu farsante! —protestó Eloy Quiñónez./ —Esa es una posición muy cómoda de intelectual. No nos fijemos en los errores que cometió sino en su popularidad. Es el único político a quien seguiría el pueblo./ López y Quiñónez se sentían que los estaban acorralando. ¿Cómo negar que las masas atrasadas y cando-

rosas creían en González Tejada?" (p. 68). El **Yo-presidente** quisiera hacer cosas, carreteras por ejemplo: "¡carreteras a granel, vías para enlazar a este país desperdigado!" (p. 52). Se esfuerza en visitar a su pueblo que lo eligió: "¡Cuántos poblachos salían de su sopor y recobraban la esperanza al ver a su Presidente, caballero en cualquier jamelgo, llegando hasta ellos a dejar comenzada la obra que habían venido soñando por décadas. Gracias a él, esos villorrios abandonaban el limbo y entraban al mundo real" (p. 52). Es un gran orador, lo reconocen hasta sus enemigos pero, como dice un campesino: "lindos sus discursos, pero ¿para qué más discursos si lo que necesitamos es que bajen las papas?" (p. 39).

El "populismo" o el "caudillismo", como piezas de relojería, son desmontados por el novelista: el **Yo-presidente** no tiene un partido sino un grupo de amigos- oportunistas que constituyen el "gonzalismo"; este movimiento no tiene ningún contacto con las masas: el único contacto que existe con ellas es el verbo grandilocuente del **Yo-presidente**. El "gonzalismo" no tiene doctrina ni ideología: en una oportunidad su fundador dice: "—Mi querido Angel: para el gonzalismo no hay conservadores, socialistas ni liberales: sólo patriotas. Si están con nosotros son gonzalistas, que es lo importante." (p. 27). La novela contiene una amplia demostración de los sectores medulares del "gonzalismo", a través del tiempo. Se dedica bastantes esfuerzos en describir a la familia de "nuevos ricos" que "se apropia" de la persona del **Yo-presidente** que no tiene sino —en su primer mandato— un sobrino pequeño. El jefe de la familia, Angel Díaz Montesinos vende —en distintos gobiernos— a sus dos hijas para atrapar a González Tejada. Colabora con quienes derrocan al **Yo-presidente** pero —sacrificando otra hija— consigue "caer en gracia" al Presidente del segundo mandato. Su hijo mayor —Miguel Angel Díaz Lara— será, con los años, el político más influyente del "gonzalismo". Los Díaz —padre e hijos— a lo largo de muchos años tratan de alejar del favor presidencial a todo el mundo, especialmente a sus enemigos, los Cáceres. En años posteriores el sobrino del **Yo-presidente** —su único familiar, aparte de su "familia" (los Díaz)— tendrá —en competencia con un homosexual que pretende contener los impulsos represivos del **Yo-presidente** que muchos buscan afanosamente exacerbar— un buen porcentaje del poder. Son las épocas del petróleo, y el **Yo-presidente** populista se inclina, ante lo que considera

una especie de signo inevitable de la fatalidad, ante la corrupción del petróleo en casa más la sujeción a las transnacionales. El **Yo-presidente** no se preocupa que todos sus partidarios roben el fresco oro negro, y nada hace para contener la voracidad de las transnacionales y sus agentes nativos. Todo lo contrario: considera a un mister Edwin Castilla, que maneja a la empresa transnacional con mayores negocios petroleros en el país, como un auténtico amigo personal. El **Yo-presidente** curiosamente oscila continuamente entre la represión y el rechazo de los consejos de sus asesores de que use las fuerzas armadas para acallar el descontento. Aquí se inserta en la novela el único personaje "raro", no-realista, un misterioso hombrecito — a quien el **Yo-presidente** presta una gran audiencia— llamado "Gabriel", suerte de ángel negro que siempre le aconseja la represión. Las primeras apariciones de este único ser irreal de la novela son para que diga estas pocas pero terminantes palabras: "gobernar es mandar" (p. 36), y: "eres jefe del ejército, ¿no?" (p. 47). Después será más drástico aún.

La novela contiene algunos momentos privilegiados: la locura final de González Tejada, quien "gobierna" en el exilio, mientras su esposa juega todos los roles de los personajes que "rodean" al anciano **Yo-presidente**; la historia del **Yo-Presidente** y las dos hijas del viejo Angel Díaz, y los padecimientos de la casi nula virilidad de González Tejada —aunque en el caso de Ana Isabel, la mayor, mediante la intervención de una bruja, la cosa se pudo arreglar. También es acertada la historia de los dos únicos amigos de infancia del **Yo-presidente**: serán relegados siempre por oportunistas como los Díaz. Tan sólo podría objetarse en la novela algunas escenas y diálogos amorosos acartonados y la maniqueísta presentación del suceso de la guerra "con un vecino del sur" que termina en el peor de los desastres. Al ver la guerra a través de la participación de los estudiantes en ella —que son los "buenos" de la novela— la versión que se da de tal "guerra americana" es la de un maniqueísmo digno de las películas del viejo *far west*. Pero estos son detalles menores en la novela. En lo esencial **El pueblo soy yo** representa un valioso fresco histórico que es a la vez incisiva demostración de un tipo no tradicional del dictador americano: el **Yo-presidente populista**, en sus variadas facetas, contradictorias e incongruentes entre sí.

TOMAS G. ESCAJADILLO